

SEMBLANZA DE UN TRABAJADOR DE LA SALUD PUBLICA LATINOAMERICANA

Hugo Behm

Cuad. Méd.-Soc., XXXII, 3, 1991/ 27-28

La siguiente nota luctuosa escrita por el profesor Hugo Behm, expresa el sentimiento de muchos de los salubristas latinoamericanos que tuvieron la suerte de conocerle.

Tras cincuenta años de lucha por la libertad y la salud de su pueblo, Gustavo Molina ha muerto en la tierra colombiana que le dio generoso asilo en su destierro. Las luchas estudiantiles contra la dictadura militar en el Chile de los años 30 lo cuentan entre sus líderes. Como médico joven se incorpora después al naciente Servicio de Salubridad, buscando una respuesta a las duras condiciones de salud que vive su país. El comienzo de la década del 40 lo encuentra en la Universidad de Johns Hopkins, estudioso de los progresos más recientes de la Salud Pública. Entusiasta sembrador de las nuevas ideas, es designado profesor de Administración de Salud en la Escuela de Salubridad, fundada en 1943. Las lleva a la práctica en la primera Unidad Sanitaria del país, donde pone en marcha una medicina en esencia preventiva, desarrollada fuera del hospital y mancomunada con el pueblo mismo.

Vierte su experiencia en un libro que llega a ser un clásico de la Salud Pública y que, junto con sus actividades de enseñanza, lo hacen conocido en la América toda. Es artífice principal de una nueva experiencia pionera en el continente, que cristaliza en 1952 con la creación del Servicio Nacional de Salud, que consolida múltiples organizaciones del sector salud de Chile en un solo sistema. En los años siguientes se incorpora a la más importante institución internacional en su campo: la Organización Panamericana de la Salud.

En la década del 60 está de nuevo en Chile, dispuesto a acometer nuevas empresas. Resuelto a mejorar substancialmente la enseñanza médica, se instala como Profesor de Medicina Preventiva en el seno mismo de uno de los más importantes hospitales docentes de la capital. Bajo su liderato, equipos multidisciplinarios de jóvenes profesionales de la medicina y de las ciencias sociales practican y enseñan una medicina integral en la cual la perspectiva histórica y social alcanza pleno desarrollo.

A fines de 1970 Chile inicia la revolucionaria experiencia por la que Molina ha luchado muchos años. Aporta su experiencia a la Escuela de Salubridad, enfrentada a colaborar en un profundo cambio en el sector salud. Es a la vez el asesor invaluable y del más alto nivel de las autoridades del sistema de salud. Cuando las contradicciones del cambio se agudizan, toma su puesto de combate como Director de la más importante Región de Salud del país. Lucha denodadamente por el mejoramiento y la democratización del servicio a su cargo, enfrentando con decisión el ataque incisivo y las huelgas del sector médico que se opone al progreso. El Golpe Militar de setiembre de 1973 no le perdona su actuación valerosa y eficiente. Es llevado a uno de los más inicuos campos de tortura y permanece prisionero por varios meses. Allí, en prisión, en los momentos mismos en que la medicina en Chile sufre el más negro retroceso de su historia, Molina se ingenia para traducir y publicar los trabajos de Sigerist, figura internacional de la Medicina Social. ¡Qué lección de firmeza y de optimismo!

En 1974 logra abandonar el país, asilado en la

Embajada de Colombia. La Escuela Nacional de Salud Pública, en Medellín, lo designa su profesor. Los años y las limitaciones de una antigua dolencia pulmonar no han cercenado su extraordinaria capacidad de trabajo y su imbatible entusiasmo; por el contrario, la lucha y los reveses transitorios lo han fortalecido. Desarrolla en Medellín una pujante experiencia en el campo de la Medicina del Trabajo, cuya discusión y práctica lleva al seno mismo de las organizaciones de la clase obrera. Ha dicho Abad Gómez, profesor de esa Escuela, refiriéndose a los cambios observados en Salud Ocupacional en Medellín entre los años 75, 77:... *“Es verdad que las acciones que produjeron este excelente resultado de ahorro de sufrimiento, de sangre, de lágrimas, de angustia y muerte, fue el resultado del trabajo, del esfuerzo, del entusiasmo, de la colaboración de muchos.*

—¿Pero se habrían obtenido tales resultados sin Gustavo Molina?

—“Por haberme tocado vivir a fondo esta experiencia, mi respuesta es negativa”.

Recorre infatigable las Escuelas de Salud Pública y otros centros especializados del continente, que reclaman con frecuencia su asesoría. Y aún halla tiempo para re-escribir su libro, enriquecido por las innumerables experiencias de los años transcurridos.

Ha muerto un día de agosto de 1978, cuando su vida se acercaba a los 70 años, pleno de entusiasmo y creatividad, que no mengua la lejanía impuesta de su tierra y de su familia. Y es que no hay tierra que se sienta extranjera para quien había sembrado en centenares de alumnos y de amigos de todo el continente, la conciencia de una inmensa tarea colectiva. Hay una sola satisfacción que la muerte le ha negado: el retorno a la Patria liberada.